

¿QUÉ ES LO BELLO?

HACIA UNA ESTÉTICA AMBIENTAL

"Un orden violento del mundo que contradice la ley del corazón" (Hegel)

Augusto Ángel Maya

Cada corriente estética ha mirado las manifestaciones de lo bello desde una perspectiva diferente, pero todas ellas se pueden resumir en dos posiciones. Para las corrientes inmanentistas, el arte no es otra cosa, sino el encuentro con la realidad cotidiana y contradictoria. Ello significa que el arte no tiene ningún misterio y que para ejercerlo no se requiere estar a ninguna altura de la civilización. Arte han ejercido todas las tribus aborígenes, creando sus instrumentos de trabajo y una de las manifestaciones más sublimes se esconde en las cuevas paleolíticas.

Quizás los que han representado la corriente inmanentista con mayor fidelidad han sido los sofistas, que en sus diálogos con Sócrates defendían la pluralidad de las manifestaciones artísticas. No es posible hablar de lo bello como idea abstracta y universal. Hippias le responde a Sócrates que lo bello es una marmita o cualquier objeto de la vida cotidiana, pero puede serlo también un hermoso animal o una bella mujer. Lo bello no tiene por qué oponerse a lo útil, sino que muchas veces se acopla a la forma del uso cotidiano, no solo para hacer la vida más bella, sino también más fácil.

Lo bello mirado desde esta perspectiva, está engarzado en la cotidianidad. Se puede apreciar en la sonrisa de una mujer o en la confección cuidadosa de los instrumentos artesanales, que proporcionan el tejido útil de la vida diaria. Incluso lo feo puede ser convertido en objeto de arte si se capta el secreto trágico de la pequeñez humana. Ello significa no que todo objeto tenga que ser forzosamente bello, sino que no existe un género privilegiado y que tanto la épica homérica o medieval, como la lírica griega o renacentista o la carcajada irónica de la comedia tienen el mismo derecho a ocupar la

escala privilegiada de lo bello. Aristófanes es equiparable a Homero y Boccacio puede situarse junto al Dante. La engorrosa disputa sobre la decadencia del arte que se dio en la época del Romanticismo no ha resultado ajustada a los hechos y Picasso y Joyce pueden situarse junto a Miguel Ángel o Shakespeare.

Esta concepción presupone que no existen alturas del arte, es decir, que no pueden catalogarse las obras artísticas de acuerdo con una escala de valores impuestos por la ética o la religión, que es el postulado básico de toda filosofía trascendente. Cuando Platón organiza la realidad en una escala descendente que viene desde dios hasta la materia, lo que está haciendo es igualmente establecer una escala de valores estéticos. El arte o la apreciación de lo bello se tiene que plegar a los ideales impuestos desde arriba. Ello significa que el arte no puede mezclarse con ninguna de las pasiones que vienen desde los bajos fondos de la naturaleza o que pierde su valor en la medida en que se mezcla con ellas.

Se trata de una visión de la estética proveniente de la lógica formal, que es una de las herencias platónicas que Aristóteles impone en la conciencia de Occidente. Es una lógica maniquea, que cree que la verdad, la belleza y la justicia pueden ser segregadas o aisladas de sus opuestos y que, en último término, la mezcla fatal, que es la que nos toca vivir, puede ser superada definitivamente, en un reino sin contradicciones. Esta imagen idílica de un paraíso perdido o de un paraíso por conquistar, vacía de sentido la experiencia presente.

Desde una perspectiva similar, lo bello adquiere un sentido de ideal o de exigencia ética y sólo es estrictamente válido cuando se encuentre despojado de sus características materiales y sensibles. Este es el ideal que Platón propone expresamente, cuando establece la escala de los valores estéticos. Es necesario, según él, elevarse de la belleza sensible, hacia la belleza de las ideas que solamente puede ser percibida por el alma, sin colaboración de ninguno de los sentidos. Según sus palabras, es necesario pasar de la contemplación de un muchacho bello, a la apreciación de todos los muchachos bellos, para saltar de allí a la idea descarnada del muchacho bello y culminar en el supremo acto de la filosofía que es la contemplación de dios, en el que concurren sin ninguna mezcla de impureza, lo bello, lo bueno y lo verdadero.

La belleza, en un esquema como éste no reside en la naturaleza misma, sino en seres que carecen de sensibilidad y de todo aquello que puede percibirse como reflejo de la materia. Lo que vemos, lo que tocamos, lo que sentimos en esta vida engañosa de la cotidianidad no es más que la apariencia de un ser degradado, que no merece ninguna consideración y que solo sirve de escala para alzar el vuelo de la contemplación pura, en la que la sensibilidad no juega ningún papel. En esta forma la naturaleza y con ella el hombre

formado por la substancia carnal, pierde su autonomía y el significado de sus propios valores. Si alguna significación tienen, es como símbolos de realidades que no están hechas con el barro de la materia.

Estas son las dos concepciones que se han disputado la interpretación de lo bello. Sin embargo, dado el predominio de la filosofía platónica en Occidente, a través de su variable cristiana, prácticamente todas las corrientes de estética se pueden considerar más o menos adictas al platonismo. Las pocas corrientes que han pretendido desprenderse del tronco platónico son quizás la de Spinoza, Hegel y Nietzsche, pero las dos primeras permanecen atadas con un secreto lazo de parentesco al trascendentalismo platónico e incluso Hegel manifiesta en la estética, los límites de su propia filosofía. Por su parte, la corriente liderada por Nietzsche, que concibe la naturaleza como desorden y caos no es una alternativa para la formulación de una estética.

Lo primero que habría que aceptar dentro de una perspectiva ambiental de lo bello es que el esplendor de la existencia se manifiesta de diferentes maneras. Habría que aceptar con Heráclito y con los sofistas que la belleza es múltiple, pero igualmente que es contradictoria. No existe, por lo tanto, la belleza absoluta, desligada de toda contingencia, o si existe, como lo comprendió tanto Kant, como Platón en sus diálogos críticos, no pueden influir el juicio de nuestra escala inmanente de valores.

La única belleza, que nosotros podemos percibir y que debe regir nuestro juicio estético es esta belleza mezclada y, como diría Hegel, manchada por la realidad. Así como no existe una virtud pura, tampoco existe la belleza desprendida de sus condicionantes y sus limitaciones. Este es el sentido de la dialéctica, tanto en Heráclito como en Hegel. Sin embargo, es necesario desprenderse igualmente del sentido de pecado y culpabilidad que envuelve todavía la dialéctica de Hegel. La belleza terrena no está manchada por ningún pecado. Si es contradictoria, ello no se debe al efecto nefasto de una culpa. Es contradictoria porque viene de la materia, tal como lo analizaron los filósofos jonios.

La diferencia entre la dialéctica griega y la dialéctica de la filosofía occidental se puede apreciar en la manera de encarar el análisis de la mezcla. Para Heráclito, el hecho de que la realidad se constituya con la unión de los contrarios no envuelve en sí ningún sentido de culpabilidad. La realidad de la mezcla es la única que él conoce y la única que analizaron sus antecesores jonios. Ni Heráclito ni los jonios están comparando la realidad de la naturaleza con el mundo ideal y puro de las ideas y el mundo de los dioses no era en ese entonces ni ideal ni puro. Era simplemente una manera más de existencia como lo comprendió Epicuro.

Hegel, en cambio y todos aquellos que se han rebelado de alguna manera contra el orden platónico, con excepción quizás de Nietzsche, parten de una comparación forzosa con el mundo sin mancha, imaginado pero no probado por Platón y que Kant acepta solamente como hipótesis, pero no como objeto de análisis. Este mundo, sin embargo permea la conciencia de Occidente más como icono religioso que como simple idea filosófica y por eso ha sido tan difícil desprenderse de él.

En esta forma la historia de la estética en Occidente ha sido un relato platonizante, porque el arte no ha podido prescindir de la conciencia de culpa, o sea, de "las flores del mal". Costará mucho, sin duda alguna superar esta visión pesimista y dependiente de la naturaleza y del hombre, pero esa es la condición indispensable para la formulación de una estética ambiental, como igualmente de una ética y de una filosofía.